

Colección Pedagógica Universitaria

No. 37-38

enero-junio/julio-diciembre 2002

Introducción a la sociología de Pierre Bourdieu

Gilberto Giménez

Doctor en Sociología por la Universidad de la Sorbona, París, Francia.
Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Nacido en 1930, Pierre Bourdieu era titular de la cátedra de sociología en el Colegio de Francia, cuando sobrevino su muerte en enero de 2002. Entre sus obras más conocidas figuran *Les Héritiers* (1964), *La Reproduction* (1970) y *La Distinction* (1979), que han marcado la formación de varias generaciones de sociólogos en Francia y en Europa. Sin embargo, su obra es multiforme y prácticamente abarca todos los ámbitos de las ciencias sociales, ya que Bourdieu rechaza –por razones epistemológicas– toda compartimentación entre las disciplinas sociales y todo exclusivismo metodológico. Así, en uno de sus trabajos más recientes, *La Misère du monde* (1993), recurre al método biográfico y explora el origen social de los sufrimientos cotidianos de individuos que ocupan una posición inferior y oscura en el espacio social o en universos otrora prestigiosos pero hoy en declinación.

1. Un “constructivismo estructuralista”

Para comprender mejor la obra de Bourdieu, habría que situarla en el conjunto más vasto de las teorías sociológicas contemporáneas. El propio autor clasifica su construcción teórica dentro de la corriente llamada “constructivista”: “Si tuviera que caracterizar mi trabajo con dos palabras [...], hablaría de *constructivist structuralism* o de *structuralist constructivism*” (1987: 147). Pero añade de inmediato que por estructuralismo o estructuralista sólo entiende la afirmación de que existen en el mundo social mismo estructuras objetivas independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes.

El constructivismo social –corriente en la que convergen autores tan relevantes como Norbert Elias, Antony Giddens, Peter Berger, Thomas Luckman y Aaron Cicourel–, se caracteriza por tres rasgos fundamentales:

- 1) la voluntad de superar las parejas de conceptos dicotómicos que la sociología ha heredado de la vieja filosofía social, como las oposiciones entre idealismo y materialismo, entre sujeto y objeto, y entre lo colectivo y lo individual;
- 2) el esfuerzo por aprehender las realidades sociales como construcciones históricas y cotidianas de actores individuales y colectivos, construcciones que tienden a substraerse a la voluntad clara y al control de estos mismos actores (Corcuff, 1995: 17);
- 3) la afirmación de que, como resultado de este proceso de construcción histórica, las realidades sociales son a la vez objetivadas e interiorizadas, de modo que el principio de la acción social sea la relación de determinación recíproca entre lo objetivo y lo subjetivo, es decir, entre las formas objetivadas (reglas, instituciones) y las formas subjetivadas (representaciones, formas de sensibilidad...) de la realidad social.

Antes de introducirnos en la construcción teórico-conceptual de la sociología de P. Bourdieu, es de la mayor importancia formular dos advertencias fundamentales:

- 1) Dicha construcción no se rige por la lógica analítica que “disocia para comprender”, según el conocido procedimiento del “o bien esto; o bien aquello”, sino por la *lógica dialéctica* esbozada por Bachelard en su *Philosophie du non* (1973), que apunta, no a la contradicción, sino a la complementariedad de perspectivas y a la síntesis plural. Así, Bourdieu considera que los aportes respectivos de Marx, Durkheim y Weber no son recíprocamente excluyentes, sino más bien cumulativos y complementarios entre sí (1980c: 24). De aquí su negativa a inscribirse dentro de una sola “tradicción” o perspectiva, y su afán por superar las dicotomías: determinismo / libertad; mecanicismo / finalismo; nominalismo / realidad; condicionamiento / creatividad; conciencia / inconsciencia; individuo / sociedad, etc.
- 2) Bourdieu se niega a presentar sus conceptos de modo “teorista”, independientemente de su uso y aplicación en la práctica de la

investigación sociológica. Sus conceptos, siempre inacabados y abiertos, han sido “concebidos para ser aplicados empíricamente de modo sistemático” (1992: 71). O, dicho de otro modo, son *dispositivos de investigación* “que se propulsan a sí mismos tanto en virtud de las dificultades que hacen surgir como de las soluciones que aportan” (1980c: 51).

Hechas estas salvedades, podemos intentar introducirnos en la construcción conceptual de la sociología de Bourdieu a partir de dos conceptos claves que ocupan un “lugar geométrico”¹ dentro de la misma: el de *habitus* y el de *campo*.

2. El habitus o la “historia incorporada”

Conforme a los postulados del constructivismo, el concepto de habitus permite articular lo individual y lo social, las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas. Al mismo tiempo permite comprender que ambas formas de estructuras, lejos de ser ajenas entre sí y de excluirse recíprocamente, constituyen más bien dos estados de la misma realidad (o de la misma historia), que se asientan y se inscriben, a la vez e indisolublemente, en los cuerpos y en las cosas. Por lo tanto

el principio de la acción histórica [...] no radica en un sujeto que se enfrentaría a la sociedad como a un objeto constituido en la exterioridad. Dicho principio no radica ni en la conciencia ni en las cosas, sino en la relación entre dos estados de lo social, es decir, la historia objetivada en las cosas bajo forma de instituciones, y la historia encarnada en los cuerpos bajo la forma del sistema de disposiciones duraderas que llamo habitus (1982: 37-38).

Se echa de ver fácilmente que esta perspectiva conduce a análisis muy diferentes de los que se basan en el postulado de la libre iniciativa de un actor social, cuyas estrategias estarían acotadas sólo por obstáculos *exteriores*, como es el caso de la sociología de las organizaciones de Michel Crozier. Para Bourdieu, el *agente social* no sólo actúa hacia el exterior, sino que está condicionado subjetivamente –“desde dentro”– por el sistema de sus disposiciones adquiridas.

2.1. ¿Disposición o esquema?

Desde sus primeras formulaciones, Bourdieu recurre a dos registros categoriales para definir el habitus: el de *disposición* (heredado de la filosofía moral) y el de *esquema* (heredado del estructuralismo levi-straussiano). En efecto, el habitus se define a la vez como “sistema adquirido de esquemas generadores” (1980b: 92) y como “sistema de disposiciones duraderas y transponibles” (:88).

En cuanto sistema de disposiciones para actuar, percibir, sentir y pensar de cierta manera, interiorizado e incorporado por los individuos, el habitus se manifiesta fundamentalmente por el *sentido práctico*, es decir, por la aptitud para moverse, actuar y orientarse según la posición ocupada en el espacio social, de conformidad con la lógica del campo y de la situación en los que se está implicado, todo ello sin recurrir a la reflexión conciente, gracias a las disposiciones adquiridas que funcionan en cierto modo como automatismos.

Hay que advertir que el habitus así entendido sólo existe *en estado práctico*, y por lo tanto se lo interioriza de modo implícito, pre-reflexivo y pre-teórico. Estamos ante una teoría de la acción en cuanto “sentido práctico” que no pasa necesariamente por la conciencia y el discurso (Bourdieu, 1979b: 550). Bourdieu cuestiona las teorías intelectualistas que reducen la acción al punto de vista intelectual del observador externo, en detrimento del punto de vista práctico del agente que actúa. Aunque no excluye, por supuesto, la posibilidad de una explicitación conciente del habitus en forma de “esquema metódico” por efecto de la educación formal y de la inculcación sistemática.

El concepto de habitus, inicialmente elaborado para explicar las prácticas rituales de una sociedad tradicional (la sociedad kabil), ha sufrido sucesivas rectificaciones para adaptarlo a las características y exigencias de las sociedades modernas. Estas rectificaciones –que nunca excluyen del todo las formulaciones primeras– manifiestan el propósito de atenuar su función reproductiva (enfaticada en *La Reproduction*) para subrayar más bien su apertura, su creatividad y su capacidad de invención. Bourdieu dice ahora que el habitus “está constituido por un conjunto sistemático de principios simples y parcialmente sustituibles, a partir de los cuales pueden ser *inventadas* una infinidad de soluciones que *no pueden ser deducidas directamente* de sus condiciones de producción” (1980c: 134-135).

Una primera rectificación consistió en superponer al paradigma de la disposición-esquema el paradigma de la *estrategia* (asociado al modelo del mercado) (1987: 79), lo que le permitió a Bourdieu flexibilizar su noción de habitus, confiriendo al agente autonomía, un espacio de juego y una apertura con alternativas. Una segunda rectificación consistió en introducir la metáfora del juego, para reinterpretar la “disposición estratégica” como *sentido del juego*. Todo ello con el fin de superar la connotación intencional y racionalista asociada a la noción de estrategia en la tradición intelectualista de la filosofía occidental (:21). Estas rectificaciones sucesivas, derivadas de su puesta en práctica en la investigación empírica, demuestran hasta qué punto el concepto de habitus es un concepto abierto y nunca terminado para Bourdieu.

2.2. La génesis social del habitus

Falta explicar la *génesis* del habitus. Bourdieu la asocia a dos procesos diferentes: el de la inculcación de un arbitrario cultural y el de la incorporación de determinadas condiciones de existencia. La inculcación, tal como es analizada en *La Reproduction*, supone una acción pedagógica efectuada dentro de un espacio institucional (familiar o escolar). La incorporación, en cambio, remite a la idea de una interiorización, por parte de los sujetos, de las regularidades inscritas en sus condiciones de existencia. Pero ambos procesos, si bien distintos, estarían recíprocamente relacionados entre sí, debido al hecho de que cada institución ejerce su poder de inculcación a través de la mediación de condiciones de existencia específicas:

En efecto, son las características de una clase determinada de condiciones de existencia las que, a través de la necesidad económica y social que hacen pesar sobre el universo relativamente autónomo de la economía doméstica y de las relaciones familiares, o, mejor, a través de las manifestaciones propiamente familiares de esta necesidad externa [...], producen las estructuras del habitus que, a su vez, constituyen el principio de la percepción y de la apreciación de toda experiencia ulterior” (Bourdieu, 1980b: 90-91)

3. Los campos o la “historia hecha cosas”

El concepto de campo es indisociable del de habitus. Bourdieu postula una relación dialéctica entre ambos, en el sentido de que el uno no puede funcionar sino en relación (recíproca) con el otro. Por consiguiente, es el encuentro entre habitus y campo, entre la “historia hecha cuerpo” y “la historia hecha cosas”, lo que constituye el mecanismo principal de producción del mundo social (1982: 37-38).

¿Pero qué es un campo? Para entenderlo quizás convenga partir del concepto de *espacio social*. Para Bourdieu el espacio social es un *sistema de posiciones* sociales que se definen las unas en relación con las otras (v.g., la posición de autoridad en relación con la de súbdito, la de patrón en relación con la de empleado, la de burgués en relación con la de proletario, etc.). El “valor” de una posición se mide por la *distancia social* que la separa de otras posiciones inferiores o superiores, lo que equivale a decir que el espacio social es, en definitiva, un sistema de diferencias sociales jerarquizadas (¡“la distinción”!) en función de un sistema de legitimidades socialmente establecidas y reconocidas en un momento determinado. Y lo que se llama “orden social” no sería más que el sistema global de espacios sociales constituido por conjuntos de posiciones, a la vez vinculadas y contrapuestas entre sí por las distancias que las separan.

En un espacio social dado, las prácticas de los agentes tienden a ajustarse espontáneamente –en circunstancias normales– a las distancias sociales establecidas entre posiciones. Es la dosis de conformismo requerido para el funcionamiento del sistema social. Lo que no excluye, sin embargo, que en periodos de crisis, por ejemplo, se transgredan o se redefinan las distancias sociales.

En las sociedades modernas caracterizadas por un alto grado de diferenciación y complejidad, el espacio social se torna multidimensional y se presenta como un conjunto de campos relativamente autónomos, aunque articulados entre sí: campo económico, campo político, campo religioso, campo intelectual, campo literario, etc. Un campo, por lo tanto, es una esfera de la vida social que se ha ido autonomizando progresivamente a través de la historia en torno a cierto tipo de relaciones sociales, de intereses y de recursos propios, diferentes a los de otros campos.

Bourdieu recurre nuevamente a la metáfora del juego para dar una primera imagen intuitiva de lo que entiende por campo. Éste sería un *espacio de juego* relativamente autónomo, con objetivos propios a ser logrados (*enjeu*), con jugadores

compitiendo (a veces ferozmente) entre sí y empeñados en diferentes estrategias según su dotación de cartas y su capacidad de apuesta (capital), pero al mismo tiempo interesados en jugar porque “creen” en el juego y reconocen que “vale la pena jugar” (1992: 73). En cada momento, las relaciones de fuerza entre los jugadores definen la estructura del campo.

En sentido riguroso, el campo se define –como todo espacio social– como una red o una configuración de *relaciones objetivas entre posiciones diferenciadas*, socialmente definidas y en gran medida independientes de la existencia física de los agentes que las ocupan (: 72). Así, el agente que ocupa la posición de empleado o de patrón, de suboficial o de oficial superior, de dirigente deportivo o de simple practicante, puede muy bien desaparecer físicamente sin que la posición deje de existir, quedando ésta disponible para otro agente según el principio: muerto el rey, ¡viva el rey!

3. 1. Las tres especies de capital

La especificidad de cada campo viene dada, según Bourdieu, por el tipo de recursos (o la combinación particular de tipos de recursos) que se moviliza y tiene curso en su ámbito. A pesar de su aparente diversidad, estos recursos pueden reagruparse en tres grandes categorías:

- Recursos de naturaleza económica (entre los que el dinero ocupa un lugar preeminente por su papel de equivalente universal).
- Recursos de naturaleza cultural (entre los cuales los diplomas escolares y universitarios han cobrado una importancia creciente).
- Recursos sociales consistentes en la capacidad de movilizar en provecho propio redes de relaciones sociales más o menos extensas, derivadas de la pertenencia a diferentes grupos o “clientelas”.

Estos tres grandes tipos de recursos no sólo constituyen los “intereses en juego” dentro de determinados campos, sino también las condiciones para “entrar en juego” y hacer jugadas rentables dentro de un campo, de modo que se acrecienten los recursos inicialmente comprometidos, lo que implica todo un trabajo de *valorización* de los recursos invertidos para obtener beneficios. Por esta razón se da el nombre de *capital* a los recursos puestos en juego en los diferentes campos:

capital económico, capital cultural y capital social (la red de relaciones movilizables) (1979: 3-6; 1980a: 2-3). Por esta misma razón, el campo funciona también como *mercado* de bienes materiales o simbólicos.

Bourdieu introduce de hecho una cuarta especie de capital: el *capital simbólico*. Se trata de ciertas propiedades que parecen inherentes a la persona misma del agente, como la autoridad, el prestigio, la reputación, el crédito, la fama, la notoriedad, la honorabilidad, el buen gusto, etc. Así entendido, el capital simbólico “no es más que el capital económico o cultural en cuanto conocido y reconocido” (1987: 160). En efecto, lejos de ser naturales o inherentes a la persona misma, tales propiedades *sólo pueden existir en la medida en que sean reconocidas por los demás*. Es decir, son formas de crédito otorgadas a unos agentes por otros agentes.

Aunque claramente distintas, las diferentes especies de capital están estrechamente vinculadas entre sí, y bajo ciertas condiciones pueden transformarse unas en otras. Bourdieu habla incluso de cierta “tasa de convertibilidad” entre las diferentes especies de capital. Así, el capital social puede transformarse en capital económico (se puede obtener un empleo bien remunerado gracias a la recomendación de un “padrino” influyente), y dígase lo mismo del capital cultural.

Por más que resulta difícil jerarquizar las especies de capital antes enumeradas, Bourdieu afirma que una de ellas posee un peso preponderante y decisivo, como lo atestigua toda la historia: el capital económico. En efecto, es frecuentemente la posesión de este capital lo que decide el éxito de las luchas en todos los campos. Esta tesis ha sido asimilada por algunos críticos a la “determinación en última instancia por la economía” del marxismo tradicional, y le ha valido a Bourdieu la etiqueta de “neo-marxista”.

Por último, el capital acumulado de modo específico en un determinado campo se distribuye ordinariamente de modo desigual entre los agentes según la posición ocupada. A partir de aquí puede entenderse la relación entre capital y poder. La relación de fuerzas resultante de la desigual distribución del capital en cuestión es lo que define las posiciones dominantes y dominadas dentro de un campo y, por lo tanto, la capacidad de ejercer un poder y una influencia sobre otros. Con otras palabras: el hecho de disponer *personalmente* de bienes económicos, culturales y sociales es *fuerza de poder* con respecto a los que los poseen en menor medida o de plano carecen de ellos.

3.2. La lógica de las clases

Aunque relativamente autónomos, los campos funcionan siempre sobre el telón de fondo de la estructura de clases sociales, que en cierto modo funciona como el “campo de los campos”. Más aún, la inscripción de los agentes en el campo de las clases sociales sobredetermina siempre su inscripción en un campo particular, y es precisamente esto lo que explica la *homología* existente entre los diferentes campos. Esta homología significa que en todos los campos se vuelve a encontrar la misma oposición entre un polo dominante y un polo dominado, oposición que asume un carácter específico según el campo considerado.

Pero cualesquiera que sean las oposiciones, las clasificaciones y las jerarquías constitutivas de un campo determinado, éstas no se rigen sólo por la lógica interna de dicho campo, sino que mantienen también una relación más o menos estrecha con la lógica de las oposiciones en el campo de las clases sociales. Así, por ejemplo, es verdad que el campo del deporte se rige por su propia lógica interna. Pero esta autonomía no excluye que se reflejen en él ciertos efectos propios de la lógica de las clases sociales. Es así como las estadísticas nos demuestran que la probabilidad de que un obrero practique golf, yachting, squash o polo es infinitamente menor con respecto a la probabilidad de que practique más bien boxeo, fútbol o ciclismo.

Debe notarse que, sobre todo en sus últimos escritos, Bourdieu se demarca cuidadosamente del marxismo en cuanto a la manera de concebir la estructura de clases sociales (“Espace social et genèse des classes”, 1984: 3-17). En primer lugar, éstas tendrían en primera instancia un sentido teórico –“classes sur le papier”– y no necesariamente real (v. g., un grupo efectivamente movilizad); lo que no excluye el hecho de que los agentes que se encuentren más próximos entre sí en el espacio social tengan mayores probabilidades de convertirse en un grupo real gracias a un trabajo de organización y de movilización. En segundo lugar, el criterio de determinación de las clases en el espacio social sería multidimensional, en el sentido de que dependería del volumen total y de la estructura de distribución, no sólo del capital económico, sino también del capital cultural (1994: 20-22).

Esta breve presentación, absolutamente insuficiente para dar cuenta de la enorme complejidad de la construcción teórica de Bourdieu, sólo pretende ofrecer una primera aproximación a la misma y hacer comprender, de paso, por qué la lectura de las principales obras de este autor no puede faltar en la formación del sociólogo de hoy.

Notas

- ¹ Recordemos que la noción de “lugar geométrico” designa en matemáticas el “lugar” a partir del cual es posible comprender el conjunto de las posiciones ocupadas por un punto o por una curva.

Bibliografía

Bachelard, Gaston. (1973). *Philosophie du non*. París: PUF.

Bourdieu, Pierre. (1964). *Les Héritiers*. París: Minuit.

_____ (1979a). “Les trois états du capital culturel”. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 30, pp. 3-6.

_____ (1979b). *La Distinction*. París: Minuit.

_____ (1980a). “Le capital social”. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 31, pp. 2-3.

_____ (1980b). *Le sens pratique*. París: Minuit.

_____ (1980c). *Questions de sociologie*. París: Minuit

_____ (1982). *Leçon sur la leçon*. París: Minuit.

_____ (1984). *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 52-53, pp. 3-17.

_____ (1987). *Choses dites*. París: Minuit.

_____ (1992). *Réponses*. París: Seuil.

_____ (1993). *La Misère du monde*. París: Seuil.

_____ (1994). *Raisons pratiques*. París: Seuil.

Bourdieu, Pierre & Passeron, Jean-Claude. (1970). *La Reproduction*, París: Minuit.

Corcuff, Philippe. (1995). *Les nouvelles Sociologies*. París: Nathan.